

CABRERA EN ARAGON

Por VIRGILIO VALENZUELA

Panorama español a la muerte de Fernando VII.

NI Isabel la Católica, después de la conquista de Granada, ni Carlos I, luego de Villalar, ni Felipe II, vencedor de San Quintín y Lepanto, se hallaron en mejores circunstancias para conseguir la felicidad de su patria y de sus súbditos, que lo estuvo Fernando VII cuando a su regreso a España sonaban aún los cañones de la Independencia.

Pero, ¿qué hizo Fernando para alcanzar la inmortalidad y la gloria? El, veleidoso en política, supo ganarse por igual el desprecio y aun el odio de los dos partidos que se disputaron durante su reinado el gobierno. De un lado, los absolutistas le acusan de traicionar sus convicciones más íntimas; por otra parte, los liberales le desprecian y acusan, a pesar de ser ellos quienes en definitiva lograron el fruto de la intriga vergonzosa que arrancaba del monarca moribundo, en instantes de profunda angustia, la declaración famosa que restablecía la pragmática de 29 de marzo de 1870 y que no es del caso tratar aquí.

Su reinado fué, en verdad, desgraciado; sube al trono a consecuencia de un motín indigno, tolera la vergüenza de Bayona, implora los favores de Napoleón y no sobrelleva con dignidad el exilio. Reina cercado por liberales y absolutistas, acercándose, ya a éstos, ya a aquéllos, según sus conveniencias le aconsejan, y baja al sepulcro sin que los corazones de sus súbditos se agobien de pena, si no es pensando en la horrible perspectiva de guerra que les lega.

Poco antes de su muerte, con aquella malignidad cáustica que le caracterizaba, comparaba a España con una botella de cerveza, cuyo

tapón saltaría con estrépito en el mismo momento en que a él se le abrieran las puertas de la eternidad. ¿Pero realmente murió el monarca a las tres de la tarde del 30 de septiembre de 1833?, se preguntaban los maliciosos, simbolizados por aquel coplero que, en la última estrofa de la cuarteta que se hizo famosa, hace el resumen exacto de la política seguida por Fernando VII:

«Murió el rey y le enterraron.
¿De qué mal? De apoplejía.
¿Resucitará algún día
diciendo que le engañaron?

Como él había previsto, inmediatamente después de su muerte estalla la guerra de sucesión, en el norte primero, pero que en breve se extiende a Aragón, en donde Cabrera va a ser primerísima figura.

Juventud de Cabrera.

Nació Cabrera en Tortosa el 27 de diciembre del año 1806, siendo hijo de José Cabrera—marino de cabotaje que a fuerza de ahorros logró adquirir un falucho de 20 toneladas, con el que se dedicaba al comercio por cuenta propia con mediana fortuna—y de Ana María Rosa Francisca Griñó y Diñé, mujer de brillante belleza, de corazón de oro y costumbres piadosas, venerada, más que querida, en boca de todos los historiadores de Cabrera, por quienes la conocían. Muerto el padre cuando Cabrera tenía 6 años, la buena señora, para poder atender mejor a la educación de sus hijas y sobre todo del hijo, que ya daba pruebas de un carácter díscolo, cuando Ramón contaba 12 años contrajo segundas nupcias con otro honrado marino, Felipe Calderó. Este paso de su madre tuvo una influencia decisiva en el joven, ya que su padrastro transigió en todo con él y pronto se hizo conocido en todo Tortosa por sus travesuras. Revelábase su genio temprano; una vieja sibila que vivía próxima a su casa, le daba el nombre de «batallador». El padrastro, en vista del carácter del joven, quiso hacerlo marino, pero el hecho de estar vacante un beneficio eclesiástico cuya presentación correspondía a su familia, determinó a sus padres a hacerle abrazar la vida eclesiástica. Vistió pues las negras hopalandas, calaría con gracia el clásico tricornio, se terciaría con garbo el manteo raído, pero sólo a esto alcanzaron sus estudios, pues apenas alcanzó a balbucear el latín. En cambio era el primero en travesuras; las inventaba, las dirigía y

cuando, a modo de corrección por su escaso aprovechamiento en los estudios, fué a vivir en el convento de los trinitarios de Tortosa, si por el día aparecía como cenobita compungido, era, anochecido, la pesadilla de los buenos padres, el duende del convento. Unas veces sonaban las campanas a media noche poniendo en conmoción a los frailes, otras aparecían atados a las columnas los vigilantes nocturnos, ya encontraban las cerraduras de las celdas llenas de arena y piedras, ya era forzoso el ayuno para toda la comunidad porque en un descuido del cocinero se habían vaciado en las ollas puñados grandes de sal o se habían añadido yerbas amargas para condimento. Siempre el autor de las diabluras era el estudiante Cabrera, pero nunca supieron cogerle con las manos en la masa porque tenía la suficiente habilidad para aparecer con cara de inocente en el momento oportuno. Era, ni más ni menos, el estudiante de Salamanca de los siglos XVI y XVII, trasplantado en esta ocasión al siglo XIX y a Tortosa.

No es de extrañar, pues, que cuando se presentó a recibir las órdenes menores, el obispo de Tortosa, don Víctor Sáez, se negara a dárselas diciéndole: «Tú has nacido para soldado, no para clérigo». El obispo venía, así, a confirmar el vaticinio de la saludadora.

En lo físico, era Cabrera de una corpulencia regular, más bien alto que bajo, robusto y fuerte, de lo que daban muestra sus fornidos brazos y sus velludas manos, de fisonomía poco común, ojos cejijuntos, en los que sobresalían sus aceradas pupilas que unas veces acariciaban fascinando al que miraba y otras le hacían enmudecer de pavor. Tiene un leve movimiento nervioso y la sangre le hierve en las venas, impidiéndole estar en reposo ni aun después de jornadas fatigosas. Enérgico y rápido en sus decisiones. Constante y sufrido. Tal era el joven que, estando un día en casa del Comandante de marina de Tortosa a cuya tertulia concurría con frecuencia, y al recaer la conversación en los acontecimientos subsiguientes a la muerte de Fernando VII y mostrarse los contertulios, por congraciarse con el jefe, de ideas liberales, partidarios de la reina niña, se levantó arrogante de su asiento, cogió su sombrero y se dirigió resuelto a la puerta, diciendo, ya en el umbral, con apuesto continente: «Me retiro, señores; estoy mal aquí, porque yo soy carlista»¹.

Cabrera había arrojado el formidable peso de su espada en el platillo de la balanza que correspondía a don Carlos.

1. B. CORDOVA, *Vida militar y política de Cabrera* (Madrid, 1844), I, pág. 30.

Cabrera, voluntario carlista.

Preséntase en Morella al barón de Hervés y al coronel Victoria que se habían alzado a favor de don Carlos. No quiere ir al depósito de reclutas para adiestrarse sino que exige un fusil para batirse en seguida. Es verdad que la suerte fué adversa a estos valientes en la primera acción que sostuvieron y que el novel soldado al oír silbar las balas a su alrededor y ver correr la sangre y contemplar el primer muerto, advirtió que su sangre se paralizaba, que se le nublaba la vista y el fusil se le caía de las manos, y él mismo, sin poderlo remediar, caía al suelo despavorido.--¿Tiene usted miedo?—le preguntó el oficial, que se hallaba junto a él. Rojo de vergüenza, se levanta del suelo y con los ojos chispeantes de ira contesta:—No, ya no tengo miedo. Perdonadme, es la primera vez que oigo el silbido de las balas.—Adelante y agarrando el fusil continuó batiéndose con espartana serenidad. Aquella misma noche, fué nombrado cabo.

Vencidas las fuerzas de Hervés, de nuevo en Calanda y fusilados el barón y el coronel Victoria, Cabrera pasa a la partida de Marcoval como sargento y se destaca en breve sobre los demás. El 20 de diciembre es ascendido a oficial, cae sobre San Mateo, en donde Cabrera blandiendo su garrote favorito, que en sus manos fué siempre terrible arma, se abrió paso entre los enemigos.

El refugio de Beceite.

El 11 de enero de 1834, teniente ya, Cabrera al mando de los 9 hombres que le seguían recorre los pueblos vecinos reclutando 140 valientes, casi todos sin armas, al frente de los cuales se abre paso por entre la guarnición de Morella que quería cerrárselo. Llega a los puertos de Beceite con sólo 60 hombres, y con ellos deshace dos compañías de milicias provinciales. A partir de esta primera llegada a Beceite podemos considerar a Cabrera como caudilló de Aragón, ya que en Aragón, en las fragosidades de las sierras turolenses, encuentra don Ramón los recursos y los hombres precisos para proseguir la lucha, cuantas veces se ve obligado a reagrupar sus huestes por haberles concedido permiso para cambiarse de camisa, como acostumbraba a decir, en los momentos en que, por la persecución de que se les hacía objeto, se veían precisados a disolverse.

Entra en contacto entonces con el brigadier carlista don Manuel Carnicer que admira el genio militar que adivina en Cabrera. En este momento, queda un tanto desfigurada la figura de Cabrera y parece inactivo, pero no es así, ya que aprovecha el tiempo dedicándose al



El general Cabrera.

Dibujo de Beulas.

estudio del arte militar y poniendo todo su esfuerzo en perfeccionarse en la táctica, que espera llevar a la práctica en cuanto tenga oportunidad. Lee las hazañas de los guerrilleros anteriores, se afirma en sus ideas políticas sosteniendo correspondencia con otros jefes carlistas, desde los escondrijos en los que instruye a su cohorte. El prestigio de Cabrera aumenta de día en día hasta rivalizar con el de Carnicer, jefe del ejército carlista de Levante y Aragón, pero aun cuando sus opiniones disienten a veces de las de su jefe superior—ya que en su fuero interno desaprobaba algunas disposiciones del general, a quien había visto en continua derrota, y opinaba que de haber mandado las fuerzas Quílez, su maes-

tro en el arte de la milicia, o él, se hubieran conseguido resultados definitivos para la causa carlista—siempre fué leal y estuvo sumiso al jefe bajo cuyo mandato había alcanzado el grado de coronel.

En esta situación permanece Cabrera durante la primavera de 1834 aumentando sus fuerzas en más de 2.000 hombres, cuando, luchando a las órdenes de Carnicer, le sobreviene la derrota de Mayals, que pone en dispersión a todos los voluntarios del ejército carlista. Un mes hubo de emplear Cabrera para reunir de nuevo en los puertos de Beceite sus dispersos hombres, pero, como sólo su presencia infundía fe y confianza a sus soldados, pronto estaba a la cabeza de otra numerosa hueste.

Estos hechos y el juicio que el general isabelino don Rafael de Hore, que le persiguió al frente de una división por todo el Maestrazgo, hizo llegar a Madrid—y que transcribe íntegramente el escritor liberal don Buenaventura Córdova, el mejor biógrafo de Cabrera, y en la que entre otras cosas decía: «Parece imposible que Cabrera sea criatura humana... Cuanto alcanza la ciencia militar y la astucia de los hombres más sagaces, se ha empleado para sorprenderle, pero todo lo ha hecho vano el atrevimiento del caudillo carlista»²—hicieron que hasta la «Gaceta» de Madrid nombrara repetidamente a Cabrera y que, mientras en el número correspondiente al día 29 de mayo de 1834 se le llamaba «el beneficiado de Tortosa» y en el del 25 de junio se le calificaba de «guerrillero» y de «cabecilla» en el del 2 de julio, en el del 7 de diciembre se le diera el apelativo de «Caudillo» y más tarde se le designara como el «General Cabrera».

De nuevo a las órdenes de Carnicer, logra Cabrera la victoria de Ariño, en donde mostró un valor rayano en la temeridad, pues hallándose desmontado por muerte de su caballo, se agarró a la cola del del comandante de los cristinos, y no lo soltó hasta que pudo desmontar al jefe de la fuerza liberal, dejándole tendido en el campo entre 120 de sus soldados.

El novato que tanto temblara en la primera acción en que tomó parte, estaba demostrando que en la lucha no conocía el temor. A mayor abundamiento podemos citar lo que le acaeció cuando era perseguido por las fuerzas del general don Jerónimo Valdés por la sierra de Abejuela y que nos relata el escritor Córdova: «Cabrera—dice éste—se adelantó con unos cuantos cazadores y entró en Abejuela al anochecer. Distráido en apremiar al Alcalde para que le aprontase raciones e ignorando que

2. CORDOVA, op. cit., I, p. 79.

Valdés se hallaba tan cerca, fué repentinamente invadida la villa por la vanguardia de aquel general. Cabrera sin tener tiempo para montar a caballo huyó y, próximo ya a la salida del pueblo, tropezó y cayó. Un fusilero de Valencia que le seguía le agarró por los faldones de la casaca y creyéndose el carlista perdido, al tiempo de levantarse, agarró las piernas del fusilero y lo derribó zafándose, después de darle muerte, de la persecución de que era objeto».

Hacía algún tiempo que don Carlos había entrado en España y se había colocado al frente de sus partidarios en el Norte, y Cabrera concibe el proyecto de entrevistarse con el monarca para hacerle ver su descontento con la dirección que llevaban en Aragón los asuntos de la guerra y pedirle auxilio y asegurarle por su nombre y por su honor un triunfo rápido y completo si le prestaba el apoyo que necesitaba. Ordenó que sus fuerzas se dispersaran en pequeños grupos exigiendo antes a todos fidelidad al juramento que habían prestado.

Se dirigió, con aquel propósito, a Híjar, procedente de Alloza, en donde en casa de un buen amigo se había disfrazado de arriero, y acompañado por éste y su esposa, pasó el Ebro por Velilla, de donde se dirigió a Pina y, después de atravesar el alto Aragón, penetró en Navarra por Sangüesa, y llegó a Zúñiga, en donde estaba el cuartel general de don Carlos; fué recibido en audiencia por el conde de Villemur, ministro de la Guerra del gabinete carlista, quien le facilitó una entrevista con el monarca, de la que salió con un pliego sellado con las armas reales, destinado al brigadier Carnicer. Disfrazado otra vez, tomó el camino de regreso que realizó sin ningún contratiempo hasta que en una venta cercana a Belchite un arriero valenciano reconoció a Cabrera, que hubo de darse a la fuga rápidamente, burlando a las partidas isabelinas que andaban en busca del audaz guerrillero.

En Ladruñán se entrevistó Cabrera con Carnicer, quien, abriendo el pliego que Cabrera le entregaba y comprobando que don Carlos le llamaba a su corte, entregó el mando al coronel Cabrera, haciéndole reconocer como jefe de todas las fuerzas que operaban en Aragón.

Empezó inmediatamente la organización del ejército, y los treinta infantes y diez jinetes que le entregó Carnicer, diez días después se habían convertido en 300 soldados de infantería y 40 de caballería.

Mandaba el ejército isabelino a la sazón el brigadier don Agustín Noguerras, hombre tenaz e inasequible al desmayo, quien sorprendió a la partida, que contaba ya con más de 300 infantes y 90 jinetes, al frente de 1.600 hombres de infantería y 200 caballos en los pinares de Alloza.

Después de dos valientes cargas de la caballería de Nogueras sobre la retaguardia carlista, que fueron rechazadas, el brigadier hubo de retirarse desordenadamente mientras Cabrera cubría su objetivo y se apoderaba de la sierra de Arcos. Aquella misma noche las avanzadas de Cabrera interceptaron el parte de Nogueras al capitán general de Aragón que decía así: «Comandante General del Bajo Aragón. Excmo. Sr.: En los campos de Alloza he dado alcance a la facción unida de Cabrera, Quílez y Torner, en número de 400 a 450 infantes y algunos caballos; el día más a propósito para concluir la facción ha sido éste, pero no es creíble que Cabrera y los suyos sean hombres. Jamás he visto más decisión, valor y serenidad; no es posible que las tropas de Napoleón hayan nunca hecho ni podido hacer una retirada por un llano de cuatro horas con tanto orden. Lejos de obtener ninguna ventaja de las que creía, no he observado sino desmayo de la tropa que tengo el honor de mandar, en vista de la resistencia que han opuesto un puñado de hombres dignos de defender mejor causa. Si a Cabrera no se le corta el vuelo, dará mucho quehacer a la causa de la libertad; debe el Gobierno tomar medidas fuertes y enérgicas para destruirlo, pues de lo contrario, aquél, con su prestigio y arrojo, tiene alucinada a su gente y llena de confianza, así como a los pueblos. Tenemos que lamentar la pérdida del bravo coronel Zabala, que ha dejado su honor bien puesto y el de las armas. Mandaré a V. E. el parte circunstanciado de la victoria de este día para que haga de él los usos que estime conveniente. Dios guarde a V. E. muchos años. Alloza, 23 de abril de 1835.—Excmo. Sr. Capitán General de este Ejército y Reino.—Agustín Nogueras ³.

Expedición al valle del Jalón.

Después de este suceso y diversas correrías por las provincias de Castellón y Valencia, con mala fortuna, Cabrera hubo de refugiarse, una vez más, en los puertos de Beceite, en donde por el fusilamiento de Carnicer, que había caído en manos de las fuerzas liberales cuando intentaba pasar el Ebro en su viaje al cuartel real, recibió el nombramiento oficial de Comandante General del Bajo Aragón. Para demostrar lo digno que era de tal nombramiento, inició una rápida recluta de voluntarios, contando en breves días con ocho batallones al frente de

3. Copiado por CÓRDOVA del original que poseía el conde de Morella. Op. cit., p. 345.

los cuales salió de las montañas de Beceite, cruzó la provincia de Teruel y, cuando menos se le esperaba, apareció el 13 de diciembre a las puertas de Calatayud en una marcha realmente notable. En la villa de Terrer, las fuerzas de Cabrera tropezaron con una columna isabelina que ignoraba completamente la marcha de los carlistas. En pocos momentos la columna liberal fué totalmente destruida, pues Cabrera, con una de las rápidas evoluciones que tan gran fama le dieron después, le cortó hasta tal punto la retirada, que los supervivientes sin espacio para huir tuvieron que rendirse sin condiciones. En la noche del mismo día interceptó un comunicado de Madrid al general Palarea, en el que se le comunicaba que, para exterminar al cabecilla carlista, se le remitían a marchas forzadas refuerzos de 4.000 infantes y 600 caballos, con los cuales su columna ascendería a 10.000 soldados de infantería y un millar de caballería. Cabrera para evitar el encuentro, según comunicado dirigido al conde de Villemur, inició una contramarcha a terreno montañoso, pero alcanzado por Palarea cerca de Molina de Aragón, a pesar de que acudió Quílez a reforzarle con 1.000 infantes y 60 jinetes, no pudo evitar la puesta en fuga de sus fuerzas que abandonaron más de 2.000 fusiles y 700 muertos. Para evitar que sus cinco mil hombres fueran completamente copados, Cabrera hubo de recurrir a un ardid extraordinario. Montado en su corcel y agitando al aire su famosa capa blanca, se destacó de su escolta y se fué derecho hacia el enemigo gritando: «Aquí deberíais venir, dejad a los que huyen: Yo soy Cabrera». Con lo que dió lugar, atrayendo hacía sí y los pocos que le siguieron al grueso de las fuerzas liberales, a que la mayor parte de sus tropas pasaran el río Gallo y se salvaran refugiándose en la sierra de Albarracín. Su capa de leyenda quedó acribillada por siete balas, pero ninguna tocó su cuerpo. Desde Albarracín, él y los fugitivos de su ejército se dirigieron a su cuartel general de Beceite.

Los primeros fusilamientos.

Mal empezaba para Cabrera el año 1836, pero pronto se rehizo el cabecilla, y en los primeros días de febrero derrotó en Torrecilla del Rebollar a una columna mandada por el marqués de Palacios, compuesta de 1.500 hombres. Inicianse en este momento la serie de fusilamientos y crueldades que caracterizaron la guerra en el bajo Aragón y que habían de merecer a Cabrera el dictado de Tigre del Maestrazgo.

Estos fueron ocasionados porque, a la víspera de la acción de Torre-

cilla, había dirigido Cabrera un oficio a su jefe de Estado Mayor, don Manuel Añón, ordenándole que al amanecer del día 4 se situase con toda la caballería en los alrededores de Torrecilla a fin de asegurar la sorpresa que intentaba contra el marqués de Palacios. El pliego fué a manos del alcalde de Valdealgorfa, con orden de que lo hiciera llegar a su destino, pero el alcalde lo abrió, sacó una copia y la envió a Calaceite donde estaba Añón, y el original lo envió a Alcañiz al jefe de los liberales. Este pliego fué interceptado por una partida carlista y puesto en manos de Cabrera, quien leyó las siguientes frases de la cosecha del alcalde ⁴: «Los facciosos se hallan en Valjunquera y probablemente, según lo manifiesta el papel adjunto, caerán al amanecer sobre la columna que está en Torrecilla. Apresurarse y salvar a aquella fuerza, que si no se le auxilia, y pronto, será destrozada». Presos el alcalde de Valdealgorfa y el de Torrecilla fueron inmediatamente fusilados en La Fresneda.

Estos fusilamientos causaron en España y fuera de nuestras fronteras gran consternación y merecieron a Cabrera los dictados de sanguinario, monstruo, tigre, etc., pero fueron el medio heroico a que hubo de recurrir don Ramón para salvar el movimiento carlista en Aragón, ya que el gobierno de Madrid había ordenado a los alcaldes y justicias dar cuenta de todos los movimientos y emplazamiento de las fuerzas llamadas facciosas. Si esta orden prevalecía, Cabrera estaba prácticamente perdido. Por eso no tenía otra alternativa que desaparecer definitivamente de la escena o tomar una rápida determinación anulando con un golpe de fiereza la orden del gobierno cristino. Había dado, pues, una orden igual a todos los alcaldes de los territorios por los que él hacía correrías y como ejemplo ordenó los fusilamientos antedichos, que, si son injustificables desde el punto de vista humano, están justificados desde el punto de vista militar que, ante todo, debe anular los movimientos de los espías, sean quienes sean éstos. Lo cierto es que, a partir de este momento, ningún alcalde comunicó más noticias sobre Cabrera y sus fuerzas.

Fusilamiento de la madre de Cabrera.

Ahora llegamos al hecho más horrendo, monstruoso e injustificable de toda la guerra: el fusilamiento de la madre de Cabrera. La anciana y

4. CORDOVA, op. cit., t. I, pág. 261.

virtuosa doña María Griñó había sido encarcelada por el horrible delito de ser madre legítima de Ramón Cabrera. Este debió ser el modo más sencillo que encontró el general Nogueras para cortar las alas a Cabrera y lograr que no le pusiera más veces en ridículo. Este crimen fué fría y premeditadamente cometido con el consentimiento del capitán general de Cataluña, el cruel Espoz y Mina, a instigación del general Nogueras⁵. Todos los historiadores, tanto carlistas como liberales, reaccionan del mismo modo ante este ignominioso hecho y hasta el coronel Fontiveros, cuya esposa fué fusilada por Cabrera en represalia por la muerte de su madre, ya que la tenía como rehén y presta al canje con doña María Griñó, en una exposición que dirige a la reina, decía textualmente: «¿Pero, acaso, señora, se ha inmolado esta víctima por el cabecilla Cabrera? No, señora, no. Mi inocente esposa ha sido asesinada por el despotismo más atroz en que hemos degenerado... Señora, a V. M. y a nosotros nos engañan... Por mi parte, pido el castigo que merezcan por el asesinato a que ha dado lugar la petición del brigadier Nogueras y el cúmplase del general Mina... Por lo que a V. M. rendidamente suplico que así se verifique, mediante la correspondiente formación de causa», etc.

Me he detenido en este suceso saliéndome del tema, porque él explica o puede explicar en parte la conducta posterior de Cabrera, para quien, a partir de este instante, ya no existen las palabras clemencia ni perdón para quienes caen en sus manos. No quiero justificar a Cabrera, pero pongámonos en su caso y con la mano sobre el corazón digamos qué hubiéramos hecho nosotros si nuestra madre hubiera sido asesinada y tuviéramos a nuestras órdenes un ejército aguerrido como él lo tenía.

Nadie se atrevía a comunicar a Ramón Cabrera la noticia de su desgracia y hubo de pechar con tan desagradable misión el comandante Pertegaz, uno de los más leales y capacitados subordinados de Cabrera. Este mismo comandante nos explica la reacción de Cabrera al convenirse de que lo que él consideraba imposible, había ocurrido, que su buena madre había sido fusilada en la madrugada del 16 de febrero de 1836: «Gritaba el desgraciado, dice Pertegaz, y retorciéndose las manos decía: A mí debíais buscarme, cobardes. Si queríais mi cabeza, yo os la hubiera entregado en lugar de la de mi madre; y recostándose en el hombro de Pertegaz cayó en profunda postración; luego se levantó como poseído por el vértigo, paseando precipitadamente por la sala,

5. A. PIRALA, *Historia de la guerra civil*, t. III, pág. 94.

exhalando gritos de cólera y gemidos penetrantes, llamando a Nogueras; se arrancaba los cabellos; golpeábase la cabeza; parecía, en fin, continúa Pertegaz, un loco en los momentos del frenesí más acerbo»⁶.

Cabrera, brigadier.

Precisamente el mismo día en que supo el fusilamiento de su madre, se presentó en Valderrobles un mensajero del cuartel real de Durango, para entregarle en nombre del rey el despacho de brigadier⁷.

Cabrera comprende que conviene hacer continuar la campaña a sus soldados y ordena que el coronel Añón parta al frente de su división, alcanzando un triunfo sobre los isabelinos en Salvacañete. El 12 de marzo estaban los hombres de Cabrera en Ojos Negros, de donde partieron hacia Calatayud, pero, conoedor de que en el campo de Bello estaba Nogueras esperándole con seis mil peones y cuatrocientos jinetes, se retiró hacia Monreal y Montalbán. Entretanto Quílez triunfaba sobre los isabelinos en Ejulve, y Llangostera conquistaba Caspe. Desde Montalbán, Cabrera se dirige a Cantavieja, capital entonces de los territorios dominados por él, y la fortifica, instalando, además, un hospital de sangre y una maestranza de artillería, imponiendo en su ejército una fuerte disciplina que nunca permitió que se relajara. Buena prueba de ello nos la da el hecho de que cuando en El Campillo sus fuerzas saquearon una casa y fué apresado con el botín un sargento, condenó a éste a muerte en juicio sumarísimo; ejecutada la sentencia, hizo Cabrera desfilar, ante el fusilado, a toda la división, a la que, formada, dirigió estas palabras: «Voluntarios, pocos días ha condecoré a este desgraciado sargento con la Cruz de San Fernando, porque era un valiente; hoy, se le ha fusilado por ladrón. Aprended y escarmentad».

Desde Cantavieja, Cabrera ordenó a Quílez que recorriera las tierras de Calamocha para reunir vituallas que almacenar en su capital. Por las cercanías de Bañón estaba el general don Francisco Valdés, comandante general de Soria, con una fuerte brigada, con orden de estacionarse entre Daroca y Teruel vigilando de paso a Calatayud. Conoedor Valdés de que Quílez se acercaba a Bañón, decidió atacarle y, partiendo de las proximidades de Calamocha, tomó posiciones sobre las alturas

6. CORDOVA, op. cit., p. 308.

7. CALVO Y ROCHINA, *Historia de Cabrera*, p. 129.

que dominan aquella población. Iniciada la batalla, al amanecer, la caballería de Añón que se había unido a Quílez cargó para contener al enemigo, ayudado por el grueso de las fuerzas de Quílez; a Valdés no le quedó tiempo más que para picar espuelas a su caballo y huir hacia Daroca mientras su brigada era completamente destrozada. Fueron hechos más de mil quinientos prisioneros liberales, que pidieron armas para luchar al lado de los carlistas, y Quílez, conseguido el permiso de Cabrera, se las dió porque entendía que por ser castellanos y de buena índole se lo merecían. Empieza la época de esplendor de Cabrera. Unese a la expedición que el general Gómez realizó por tierras del sur de España y, mientras triunfan en Andalucía y Cabrera se distingue en la toma de Córdoba y más tarde es herido en la acción de Rincón de Soto y se ve obligado a refugiarse, mientras cura sus heridas, en Almazán, pierden sus partidarios la fortaleza de Cantavieja.

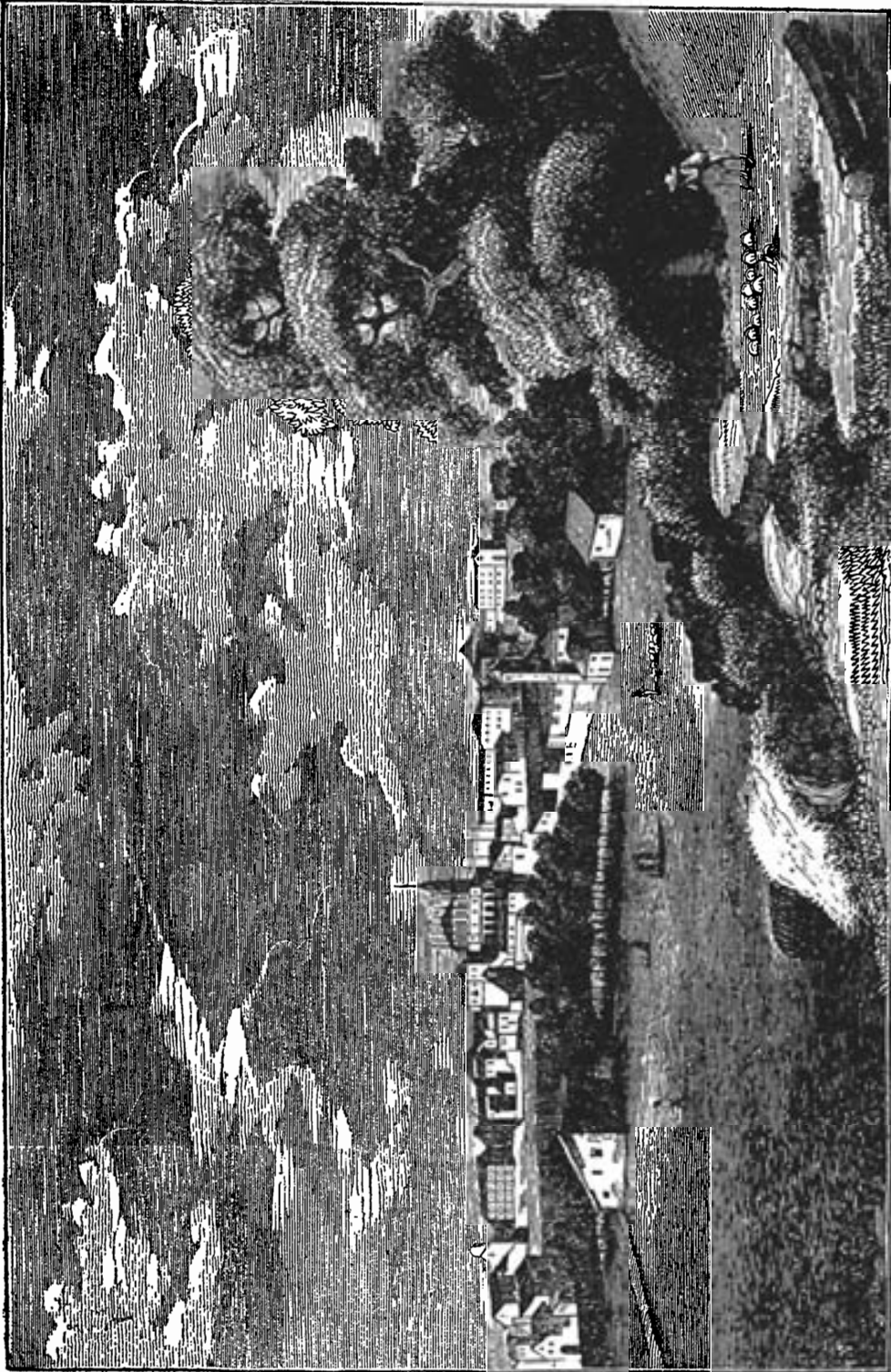
Incorporado a sus leales cuando éstos le creían muerto, el 9 de enero de 1827 llega a Rubielos de Mora, donde es recibido apoteósicamente e inicia una serie de correrías y campañas triunfando en unas acciones y siendo vencido en otras. Merece destacarse entre sus victorias la alcanzada en Pla del Pou en la que destrozó una columna isabelina, de la que hizo numerosos prisioneros, cuyas clases y oficiales fueron fusilados en Burjasot. Estos fusilamientos, aun cuando Cabrera quiere justificarlos diciendo que fueron realizados como represalia de los que los liberales hicieron de sus soldados en la conquista de Cantavieja, por las circunstancias de sadismo que en ellos concurrieron son el mayor borrón que enturbia la memoria del caudillo carlista.

Cuando Cabrera se disponía a volver por sus fueros en el bajo Aragón, su lugarteniente Cabañero, el mismo que entró en Zaragoza el 5 de marzo del mismo año, ocupaba Cantavieja, apoderándose de la artillería que el general don Evaristo San Miguel había empleado para batir la plaza cuando la conquistó, aparte de recuperar todas las piezas que la defendían y las que la maestranza de Cabrera había fundido allí. Entre tanto se acercaba a las tierras dominadas por Cabrera la llamada expedición real, por ser acaudillada personalmente por don Carlos y de la que, aun cuando me salga del tema, hablaré un momento por haber pasado por Huesca, en donde se libró una batalla de importancia, y por ser uno de los sucesos más desconocidos y trascendentales de la primera guerra carlista.

La expedición real.

Partió la expedición de Estella el 15 de mayo de 1837, acaudillando las tropas el infante don Sebastián Gabriel de Borbón y Braganza, que llevaba como jefe de Estado Mayor al general don Vicente González Moreno, cuyo nombramiento cayó muy mal entre los componentes del cuartel real, en el que abundaban generales ambiciosos y descontentos y alto clero tan lleno de pretensiones como carentes de capacidad organizadora y buena fe, por los antecedentes del general Moreno quien decía estaba imbuido de ideas liberales. El 16 pernoctaron en Echauri, pasaron el Arga el 17; y surgen los primeros síntomas de desunión, pues don Carlos rechazó el dictamen de los generales reunidos en Abárzuza sobre la marcha que había de seguir la expedición y aceptó la opinión del canónigo de Tortosa Sanz, del cura Echevarría y otros sacerdotes. Dimite el jefe de Estado Mayor, pero don Carlos no le admite la dimisión. Sigue la marcha hacia Cáseda y atravesando las Bardenas llegan a las doce de la noche del día 20 a Castilliscar, el 21 a Farasdués, el 22 a Zuera, el 23 pasan el Gállego por la barca que hay entre Gurrea y Marracos yendo a pernoctar a Lupiñén. Entre tanto el ejército liberal de la ribera de Navarra, al mando del general Iribarren, a quien se le había ordenado impedir el avance del ejército carlista, iba a la zaga de las tropas de don Carlos y como, a pesar de que habían mandado a las tropas de Oraa y Meer que reforzaran a las de Iribarren, éste contaba con pocos soldados, recurrió a los aragoneses, que movilizaron doce mil milicianos de Zaragoza y Huesca. Iribarren marchó continuamente detrás del ejército carlista y él pernoctaba p. ej. en Tauste cuando los otros lo hacían en Farasdués, yendo a Alcalá de Gurrea cuando tuvo noticias de que las fuerzas de don Carlos se dirigían a Huesca.

Desde aquí, impaciente Iribarren por librar batalla, manda que se adelantara con la mitad de su caballería y dos batallones de Córdoba, uno de Almansa y el provincial de Avila, el jefe de su caballería, el brigadier don Diego León y Navarrete. Los carlistas, concedores de los movimientos de los liberales, salieron de Lupiñén y llegaban a Huesca cuando Iribarren lo hacía a Almudébar. Hondas preocupaciones dominaban a los prohombres de nuestra ciudad, de la que habían huido las primeras autoridades, pero sobre todo a su obispo, Mons. Zarandía, que al tener noticia de la proximidad de don Carlos a Huesca, hábil político, solucionó el conflicto eclécticamente. Mandó que su coche saliera a Cillas a esperar a don Carlos y brindó su palacio para alojamiento del rey,



Huesca en tiempos de Cabrera.

mientras él, pretextando una enfermedad, se encerraba en sus habitaciones privadas de las que no salió hasta que los expedicionarios abandonaron la ciudad, si bien tenía grandes deseos de ver al rey en sus habitaciones, según manifestó uno de sus familiares; pero don Carlos no lo encontró conveniente si no era el obispo quien salía de ellas y solicitaba audiencia ⁸.

Don Carlos, que había rechazado el coche del obispo, hizo su entrada en Huesca a caballo, después de recibir las llaves de la ciudad que le entregaron en las puertas de ésta el Ayuntamiento y el Cabildo unidos, logrando su marcial continente y apostura, quizá ayudados por el exotismo del batallón de argelinos que escoltaba al monarca, que los oscenses se entusiasmaran y aplaudieran y vitorearan al rey. Se dirigió inmediatamente a la Catedral donde penetró bajo palio y después de asistir al solemne tedéum, con que se celebraba su entrada, se dirigió con su séquito al palacio episcopal que había de servirle de alojamiento.

Al entrar en la ciudad los carlistas, conocedores de la persecución de que eran objeto por parte de Iribarren, tomaron la precaución de ocupar el cerro y la ermita de San Jorge al par que desplegaron cuatro batallones y un escuadrón de caballería en el espacio que mediaba entre esta posición y la población. Los sucesos posteriores demostraron el acierto de esta medida. Mientras los soldados de don Carlos se estaban alojando, en las casas de los labradores los de caballería, y la infantería acampaba en la Alameda, llegaron las tropas de Iribarren a dar vista a las fuerzas de los carlistas. Observó éste la posición de los secuaces de don Carlos y se preparó para el ataque. Avisados los carlistas, acudieron con rapidez a prestar ayuda a sus compañeros mientras Iribarren, temeroso de las fuertes posiciones ocupadas por los enemigos, para obligarles a reñir batalla en el llano, dividió su ejército en tres columnas, la de la derecha al mando del brigadier Conrad, jefe de la legión francesa, que encontró la muerte pocos días más tarde en la batalla de Barbastro; la del centro, al de Van Halen, y la de la izquierda, a sus inmediatas órdenes.

Comenzó el fuego y a poco se trabó con dureza la lucha entre el ala mandada por Iribarren y dos batallones navarros y un escuadrón que estaban custodiando el camino de Navarra, por donde actualmente poco más o menos va la carretera de Huerrios. Estas tropas supieron sostener a los liberales hasta que el grueso de las tropas carlistas estu-

8. CALVO Y ROCHINA, op. cit., p. 303.

vieron prestas a tomar parte en el combate. La lucha fué dura y muy sangrienta, porque el brigadier Diego León, impaciente a la cabeza de un escuadrón de coraceros, se lanzó, lanza en ristre, sobre los dos batallones enemigos, y en el mismo momento en que acababa de dar muerte con su propia mano a once carlistas, una bala enemiga vino a cortar una carrera que prometía ser brillante. El cadáver de este brigadier, fué posteriormente recogido y sepultado por el coronel carlista don Tomás Reina, que había sido compañero del infortunado brigadier en la guardia real de caballería. Llevan fama los hortelanos de Huesca de ser muy aficionados al riego y de que cuando tienen agua la aprovechan al extremo, y esta manera de ser vino en esta ocasión a aliarse a favor de los carlistas, ya que el día anterior habían regado en ese término y los caballos de los coraceros y las mulas que transportaban la artillería, se clavaban hasta el pecho, lo que permitió a los dos batallones navarros poner en gravísimo aprieto a un ala del ejército liberal. Deseoso Iribarren de salvar el honor de las armas y de vengar la muerte de su amigo León, se pone a la cabeza de otro escuadrón y, haciendo un esfuerzo temerario, arrolla cuanto se opone a su paso. Rehechos los carlistas y reforzados por sus compañeros de armas, se generalizó el combate y los campos de Cocorón se tiñen de sangre de valientes. En fin, deciden plenamente la acción a favor de don Carlos las fuerzas de Villarreal y de don Simón de la Torre. Corta fué la acción de Cocorón, pero muy sangrienta. Se calculan las bajas liberales en más de dos mil quinientos hombres entre muertos y heridos, contándose entre éstos el propio general Iribarren, que, trasladado al carrascal de Pebredo y a Almudébar después, murió al día siguiente de la batalla.

La expedición se detuvo dos días en Huesca dando lugar con esto a numerosas y severas críticas, pues si el infante don Sebastián hubiera hecho caso a Moreno, su jefe de Estado Mayor, y hubieran ocupado las tropas carlistas el lugar marcado por él, la lucha hubiera sido más breve y, de perseguir según su parecer a los liberales en fuga hasta Almudébar, cayendo después sobre las tropas de Oraa, hubiera quedado libre de enemigos el centro de España y expedito el camino a Madrid, pero la camarilla de don Carlos, tan nefasta para él, decidió la marcha hacia Cataluña. Por eso podía decir con razón amargamente el general Moreno, la noche del día de la batalla de Huesca, en su cuartel real: «Cualquiera que abra en Europa una carta geográfica y vea la marcha que proyectamos a Barbastro, preguntará asombrado si al frente de los expedicionarios carlistas hay un general o un cabo de escuadra». Tal fué la batalla

de Huesca, que el infante don Sebastián anunció con la siguiente proclama: «El enemigo que no se atrevió a impedirnos vuestra majestuosa marcha creyéndonos rendidos por las privaciones y el cansancio, cayó de repente sobre vosotros la tarde del 24. Este, cobarde, esperaba sin duda la victoria de vuestra fatiga y de las ventajas que le ofrecía el terreno para su numerosa caballería y artillería. Sus granadas que son para vosotros el toque de generala, os anuncian nuevo campo de gloria a donde os conduce vuestro valor. Visteis al enemigo y, sacando con firmeza el estoque, le rechazáis; un momento después, le arrolláis; hacéis desaparecer su artillería, corréis en pos de sus mejores tropas, que quedan destrozadas, y la noche pone un término a su ignominia y un freno a vuestro denuedo. Soldados: el rey nuestro señor, testigo de vuestro comportamiento en esta gloriosa batalla, me manda os dé las gracias en su real nombre. Vuestro general cumple este mandato con la satisfacción que inspira el convencimiento de que la merecéis y la seguridad de que siempre seréis los mismos en el campo del honor, mientras llegue el venturoso día, que no puede estar lejano, de colocarse en su trono el legítimo monarca de Castilla. Real de Huesca, 26 de mayo de 1837.—Vuestro capitán general en jefe. El infante don Sebastián Gabriel»⁹.

Salió la expedición real hacia Barbastro, dejando 157 heridos en los hospitales de Huesca y llevándose en calidad de rehenes don Carlos a tres concejales de su municipio, y llegaron a la ciudad del Vero el 27, donde se libró otra importante batalla ganada asimismo por los carlistas al general Oraa. Atravesaron el Cinca el 4 de junio por las barcas de Estada y Estadilla, avanzando después por Cataluña; en Tarragona llegan al cuartel real don José Domingo Arnau y don Lorenzo Cala y Valcárcel, enviados por Cabrera para felicitar a don Carlos, mientras éste se dirigía por Mas de las Matas y Castelserás hacia Allepuz, en donde el 23 de junio recibía orden del ministro de la Guerra carlista de que el 29 se situara a la orilla del Ebro, frente a la población de Cherta, con lanchas, para proteger y facilitar el paso de la expedición. Arnau, que se incorporó a Cabrera el día 28, le confirmó la orden, pero en Cherta estaban situados Nogueras y Borso di Carminati que mandaba la legión portuguesa, y no tenía barcas. Era preciso, pues, que Cabrera cumpliera como leal y bravo.

Tenía que batir a Nogueras y a Borso y había de transportar

9. A. PIRALA, *op. cit.*, III, p. 513.

las barcas precisas. Comenzó por lo último y después fué a batir a Borso impidiendo que éste se uniera a Nogueras. Con este fin dejó al denodado Pertegaz en las alturas de Armas del Rey con orden de vigilar e impedir la marcha de Nogueras, muriendo todos si era preciso en la demanda. Jurólo así Pertegaz, y Cabrera, al vislumbrar las avanzadas del ejército real, arenga a sus batallones y da orden al bravo Forcadell de que a la bayoneta ocupara las posiciones de Borso. Este espera la ayuda de Nogueras, pero Pertegaz con movimientos tácticos bien meditados lo entretiene y engaña y le hace marchar a Gandesa a esperar órdenes del general-en jefe liberal. Borso, desalojado de sus posiciones, se ve precisado a abandonar el campo y refugiarse en Tortosa, pudiendo Cabrera llegar fatigado y sudoroso al sitio designado y, embarcándose en una lancha, pasa el Ebro para saludar a su monarca que desde la orilla opuesta había presenciado el combate. Cruzólo el rey en la lancha que llevara a Cabrera.

El objetivo estaba logrado. Ahora había que ir a Madrid, pues el ejército real, reforzado con las tropas de Cabrera, reunía más de 15.000 hombres, pero había que ir como decía Cabrera: «A Madrid, sí, pero es necesario aprovecharse de la inacción y aturdimiento de los enemigos y andar noche y día. El que no pueda seguir la marcha de la expedición, podrá quedarse en Cantavieja. Yo sé el estado de la corte, y tengo allí confidentes que por su posición están bien enterados de cuanto allí ocurre por reservado que sea. Sé los elementos con que cuentan para resistir nuestra acometida; sé que en Madrid se han alarmado por el paso del Ebro; pero también sé que no sólo hay que correr, es preciso volar. Presentarse allí, en la puerta de Atocha, el mismo día en que se enteren de que hemos salido de Cherta: esto deberíamos hacer». Tenía razón el caudillo tortosino, pero no se hizo así y siguieron las incertidumbres de la camarilla y, en lugar de dirigirse directamente, recorrieron los expedicionarios las tierras levantinas, penetrando por fin en Teruel con pérdida lamentable de tiempo, ganado por los liberales, a quienes estas dilaciones les permitieron que el ejército del Centro, mandado por Oraa, y el del Norte, a las órdenes de Espartero, se reunieran en Daroca. Con ello se consiguió que el Conde de Luchana, con 30 batallones de infantería y 1.000 jinetes, persiguiera a los expedicionarios, inferiores en número, por Calamocha, Monreal del Campo, Villafranca, Alba, Orihuela del Tremedal, si bien no pudieron evitar que los expedicionarios llegaran a Arganda y que Cabrera el 12 de septiembre apareciera en el portazgo de Vallecas, en las tapias mismas de Madrid, en donde

recibió la orden de replegarse hacia Vallecas y Arganda, donde, pese a los violentos deseos de Cabrera, prevaleció el criterio del general Moreno y se ordenó la retirada general. El diario de un carlista que acompañó a la expedición real, dice: «Si Cabrera hubiera tomado el mando como jefe de las fuerzas, nuestra entrada en Madrid era infalible».

Cantavieja y Morella.

En dos expediciones tomó parte Cabrera saliendo de sus tierras aragonesas y valencianas, y las dos le fueron fatales. En la primera, por seguir al general Gómez, perdió Cantavieja; en la segunda, perdió ocho compañías enteras de sus aguerridos soldados, «la flor de Aragón», como él las llamaba. Es fama que al entrar de vuelta en Cantavieja exclamó: «Yo hubiera entrado en Madrid». De nuevo aquí, dedícase Cabrera a organizar sus territorios creando una junta superior gubernativa de Aragón, Valencia y Murcia, compuesta por el conde de Cirat, el obispo de Orihuela, el conde de Samitier y otros personajes, con sede en Mirambel o Cantavieja. Creó asimismo una comisión militar con carácter de ejecutiva y permanente, otra comisión eclesiástica y otra de hacienda, que residían en Mirabel unas y en Cantavieja otras. Organiza, pues, Cabrera, un verdadero estado independiente dentro de otro estado.

Mandaba en este momento Cabrera un ejército compuesto de cuatro divisiones organizadas, con su correspondiente estado mayor, y a las órdenes de don Domingo Franco la de Aragón, a las de don José Servet la de Valencia, la de Tortosa a las de don Luis Llangostera y la llamada del Turia bajo el mando de don José Domingo Arnau. Pero el sueño dorado del caudillo de Tortosa no se había cumplido. Era éste poner la capital de sus territorios en Morella, que, por fin, de un modo novelesco, ganó para Cabrera el teniente Alió al mando de 20 voluntarios, el día 25 de enero de 1838. El año 1838, que bajo tan magníficos auspicios se iniciaba para los carlistas en el orden militar, ve la destitución del general Noguerras que es sustituido por el general Oraa. Era don Marcelino Oraa modelo de honradez y de hidalguía, que luchaba por convicción al lado de doña Isabel y que había visto morir a sus hijos por la misma causa en los campos de Navarra. Hombre de talento claro, de profunda experiencia, podemos calificarlo quizá como el más sabio, el mejor de los jefes isabelinos, sin exceptuar al conde de Luchana ni al marqués de Rodil.

Oraa, desde que se hizo cargo del ejército del Centro, no se da un instante de reposo, acude a todas partes con el apresuramiento de quien ha empeñado su honra en la empresa y, si tuvo la desgracia de no vencer a Cabrera, cúpole el consuelo de pensar que nadie hubiera hecho más. Después de hacer fracasar a Cabrera en su empeño de conquistar Lucena del Cid, obligándole a levantar el undécimo asedio que había puesto a esta plaza, le obliga a refugiarse en Morella. Cabrera vuelve a sus correrías por Aragón y, con el propósito de conquistar Calanda, Alcorisa, Samper y Alcañiz que estaban en poder de los isabelinos, mandó a Llangostera, jefe de la división de Tortosa, contra la primera de estas poblaciones. El 19 de abril se le rindió el fuerte exterior de Santa Bárbara; el 20, el de San Blas, con lo que las dos compañías del regimiento provincial de Burgos y los doscientos milicianos que guarnecían la villa, se vieron encerrados dentro de ésta, y al anoecer del mismo día, dueños los carlistas de la población, hubieron de retirarse al convento y al torreón inmediato. El 21 se rindió el torreón y el 22 lo hizo el castillo. Después tomó Cabrera Alcorisa y se dirigió a Samper, que se le rendía el día 30. Animado con estos éxitos puso sitio a Alcañiz, defendido por el coronel don Benito María Sierra, que mandaba el regimiento provincial de Burgos. Colocó Cabrera su artillería en las alturas del Calvario y del Cuervo. El fuego artillero no cesó durante los días 3 y 4 de mayo y cuando Cabrera intimó la rendición de los sitiados, contestaron éstos enarbolando una bandera encarnada con una calavera negra en el centro. Ordenado el asalto a la plaza y cuando ya estaba en su poder el convento de San Francisco, tuvo que ordenar retirada porque le llegaron noticias de la proximidad de Oraa reforzado por la división de San Miguel y la de Abecia. Los carlistas se retiraron a Calanda, en donde se les unió el conde de Negri, que con nueve batallones, tres escuadrones y dos piezas de artillería había salido de Navarra con objeto de atraer sobre sí a parte de las numerosas tropas que acosaban a los carlistas. Vencido por los generales Latre, Iriarte y Espartero, apenas le quedan cien hombres cuando se une a Cabrera.

Asedio de Morella.

A poco de su triunfo en Alcañiz se eclipsa la estrella de Oraa que, condecorador de la importancia que para Cabrera y los carlistas tenía la plaza de Morella, se decide a atacarla con gran aparato de fuerzas y artillería.

Uno de los últimos días del mes de julio de 1838, aparecen las almenas del castillo de Morella coronadas por una bandera negra, en cuyo centro campea una calavera. Cabrera, encerrado en la plaza, ha jurado morir entre los escombros de la ciudad antes que rendirse al isabelino. 23 batallones, 12 escuadrones y 24 piezas de artillería eran las fuerzas de Oraa, que estaba auxiliado por los mariscalés de campo Borso di Carminati, Santos San Miguel, el general Pardiñas y los brigadieres Angel Nogués y Pedro Perena, además del mariscal de campo Amor, que mandaba la caballería. A estas formidables fuerzas opone Cabrera, que está auxiliado por el conde de Negri, el general Merino, que tanto se distinguiera en la guerra de la Independencia, y los brigadieres Forcadell y Llangostera, 14 batallones y 10 piezas de artillería en el recinto exterior y 4 batallones y 10 piezas de todos los calibres que defienden el interior de la fortaleza. Pero los batallones estaban merma- dos por la necesidad de guarnecer Cantavieja, Mirambel y otras fortalezas carlistas, de tal suerte que entre todos solamente tenía Cabrera consigo 6.123 infantes y unos 200 jinetes. Inicióse el asedio el 28 de julio y se prolongó hasta el 17 de agosto en que Oraa, vencido por la tenaz resistencia de los carlistas, ordena la retirada de los atacantes a sus respectivos campamentos. El 18, ante la salida que realizan los carlistas, inicia el general isabelino la retirada hacia Alcañiz, a donde llega, siempre perseguido por Cabrera, el 22 de agosto.

Con el levantamiento del cerco de Morella, la causa de Isabel II sufre un rudo golpe. Las censuras y los ataques que llovieron sobre la reputación militar de don Marcelino fueron muchos e injustos, como lo demuestra el que cuando personalmente explicó al general Latre, ministro de la Guerra a la sazón y que fué a Teruel para conocer lo ocurrido, oídas las explicaciones del jefe del ejército del Centro, éste abrazó a Oraa, pero, como la opinión exigía el sacrificio del general, éste fué destituido, sustituyéndole el inepto mariscal de campo don Antonio Van Halen.

Parece como si la fortuna se hubiera empeñado en este año 1838 en ornar con sus mejores laureles a Cabrera. En los albores del año ocupa Morella, luego Benicarló; sigue el brillante triunfo del cerco de Morella y tras estos 19 días de combates coronados casi todos por la victoria, llega la derrota y destrucción casi completa de la tercera división del ejército del Centro, la del «ramillete», como se la llamaba por la brava gente que la componía y que estaba mandada por el héroe general Pardiñas, que había vencido a las tropas carlistas acaudilladas por don

Basilio García, primero, y luego, a las de Tallada. Era Pardiñas joven, como Cabrera, valiente, entendido y discreto y estaba rodeado de una aureola de gloria. Eran dignos adversarios. Acampaba Pardiñas en Alcañiz cuando tuvo noticias de que fuerzas carlistas mandadas por Llangostera, procedentes de Tarragona, iban a pasar el Ebro, y decidió salir para esperarlas apostado en Calaceite. Conocedor Cabrera por un confidente de lo realizado y viendo llegado el momento que más ansiaba, el batirse con Pardiñas, montó a caballo y después de una cabalgata de dieciocho horas, llegó a Mora de Ebro, en donde recibió noticias de que Pardiñas permanecía en Calaceite, y dos horas después de su llegada, relevados los caballos, partía hacia donde estaba su enemigo, que conocedor también de la llegada de Cabrera, contramarchó a Maella sin aceptar el combate que Cabrera le quería presentar en Cretas.

Pero la contramarcha de Pardiñas no contrarió ni mucho menos a Cabrera, sino que él a su vez contramarchó hacia Valdealgorfa, donde pernoctó y reagrupó sus fuerzas. Serían las ocho de la noche del 30 de septiembre cuando llegó al alojamiento de Cabrera un confidente que le comunicó que Pardiñas descansaba en Maella y pensaba al día siguiente dirigirse a Alcañiz. A las tres de la mañana del 1 de octubre salió Cabrera al frente de sus fuerzas hacia Maella. No era todavía de día cuando avistaron la población e hicieron alto, que Cabrera aprovechó para, envolviéndose en su famosa capa blanca, dormir un rato resguardado de una piedra. A las cinco de la mañana, un confidente hizo saber a Pardiñas la proximidad de los carlistas, e inmediatamente ordenó tocar generala diciendo: «Hoy Cabrera será mío». Despertado Cabrera por sus ayudantes, se trabó en pocos momentos la batalla. La acometida primera de Pardiñas no pudieron resistirla los carlistas que cedieron algún terreno, siendo herido el jefe carlista en un brazo. Esto le hace sublevarse, arenga a sus soldados, se pone a la cabeza de 20 jinetes y carga sobre los contrarios con furia ciega. Le siguen sus tortosinos y ponen en fuga al ala izquierda de Pardiñas, pero recibe un aviso de que su ala izquierda está casi envuelta por el enemigo, vuela hacia allí Cabrera con cuatro compañías de tortosinos, pónese en medio de los batallones de Mora y con voz estentórea les grita: «Cobardes, huíais ahora que ya es nuestra la batalla. Aragoneses, adelante. ¡Viva el rey!».

Enardecidas sus tropas, caen como leones sobre el ala derecha de Pardiñas, detienen primero su avance y dan lugar luego a que, según dice el parte de Cabrera, «la pelea continúe tan reñida por una y otra parte, como tal vez no se ha visto». A poco, ordena Cabrera una carga

general de todas sus fuerzas; el empuje es irresistible; los liberales abandonan sus posiciones y huyen. Pardiñas ve con coraje la derrota de sus tropas y corre hacia ellos increpándoles frenético para tratar de retenerlos, cuando un grupo de jinetes aragoneses cae sobre los pocos que han quedado alrededor de Pardiñas, quedando éste cercado por los jinetes carlistas que atravesaron con sus lanzas al heroico general que, desmontado de su caballo y apoyada su espalda en un árbol, luchaba solo contra todos. La voz de ¡Pardiñas ha muerto! transformó la derrota de los isabelinos en una carnicería espantosa. El cadáver de Pardiñas fué recogido, al día siguiente de la acción, por los milicianos de Caspe.

Organización de sus territorios.

Después de estas batallas, dedicó Cabrera su actividad a perfeccionar su organización y, no pudiendo instalar una audiencia mientras no le diera su aprobación el gobierno supremo, creó dos tribunales de Alzadas en Cantavieja y Mirambel, compuestos cada uno de tres ministros y un escribano de cámara. Asimismo, organizó en su ejército el cuerpo de zapadores, el de inválidos, con residencia en Morella, y el escuadrón de ordenanzas, al que pertenecían cien jinetes de los más robustos y bravos del ejército, que tenían como misión escoltar al general, cargar al enemigo en los momentos decisivos del combate y acompañar a los ayudantes de campo. Vestían un vistoso uniforme, compuesto de boina verde y borla encarnada, dolman grana con pieles negras, alamares verdes y botones blancos; pantalón turquí con franja roja y media bota negra. Asimismo ensanchó sus territorios y los fortificó hasta el punto de que en 1839 recorría Cabrera sin tropiezo todo el espacio comprendido entre el mar y la provincia de Guadalajara, casi hasta las puertas de Madrid.

Si consideramos que este jefe empezó mandando una partida de veinte hombres, arrostró con frente serena los mayores peligros y contrariedades, supo elevarse, en fin, desde los humildes principios de beneficiado de Tortosa, como sarcásticamente vimos le llamaba la «Gaceta», hasta la categoría de teniente general de los reales ejércitos, y alcanzó el título de conde Morella, podemos deducir que había nacido predestinado para los grandes sucesos que Dios reservó a la España de su época.

Empieza el año 1839 queriendo Van Halen arrebatár sus fortalezas

a Cabrera para preparar el golpe definitivo con que había de aniquilarle. Diríjese primero contra el fuerte de Montán y le intima la rendición, pero según dice el parte carlista «Van Halen fué recibido por la guarnición a balazos. Disparó de 8 a 10 cañonazos y viendo que no lograba que se rindieran se retiró con pérdida de un oficial muerto y siete soldados heridos; la guarnición se componía, añade el parte, de 80 voluntarios, alpargateros todos, que se ocupaban en fabricar calzado de cáñamo que en las expediciones traían de territorio enemigo». Trata después de conquistar la plaza fortificada de Segura y a ella se dirige, pero, sabedor de que Cabrera está a punto de llegar, inicia la retirada; el carlista, para obligarle a presentar batalla, hace como que abandona el campo y al conocer que Van Halen vuelve hacia Segura, se sitúa en las proximidades de la plaza, obligándole a cercarla, pero en vista de que los carlistas están decididos a defenderla como a Morella, el isabelino levantó el asedio, lo que provocó entre los liberales gran indignación y motivó la destitución de Van Halen, al que vino a sustituir de nuevo el general Noguerras.

Realiza Cabrera algunas expediciones por tierras levantinas y trata a su regreso de rendir Montalbán, para humillar a su odiado rival. Acuden a defender la plaza las divisiones mandadas por los generales Amor y Ayerbe, contra los que resiste el general carlista Balmaseda hasta que la llegada de Cabrera con refuerzos hizo general la lucha, en la que hicieron prodigios de valor las dos caballerías rivales, la carlista mandada por Balmaseda y la liberal por el coronel Serrano, futuro duque de la Torre. La batalla terminó con el abandono del campo por el general Ayerbe y de la plaza por todos los liberales. Esta derrota puso fin al mando de Noguerras apenas se había hecho cargo de él, siendo nombrado, para sustituirle, el jefe del Estado Mayor del ejército del Norte don Leopoldo O'Donnel, que era hermano de otro que fué fusilado en la ciudadela de Barcelona por carlista, de otro que murió luchando en las filas carlistas y de otro que militaba en las mismas filas de don Carlos y que, acabada la guerra, murió siendo diputado constituyente y teniente general del ejército, don Enrique O'Donnel.

Con varia fortuna se llevaba la guerra por ambas partes, cuando el mismo día en que Cabrera alcanzaba una victoria en Cardoneras, tuvo noticias de que se había celebrado el Convenio de Vergara. Cabrera no lo aceptó y continuó, aun después de la marcha de don Carlos, la guerra por su cuenta. Todas las fuerzas del ejército del Norte, bajo el mando de Espartero, se dirigieron contra Cabrera, que además fué acometido

por una gravísima enfermedad que puso en inminente peligro su vida. Primero cayó en manos de Espartero la fortaleza de Segura, a ésta siguió Castellote, que resistió varios días y lo hubiera hecho más si un oficial que mandaba un extremo de la fortaleza no hubiera ordenado tocar alto el fuego y enarbolar bandera blanca. La hora de la derrota ha sonado para Cabrera. Cae Aliaga, Alcalá de la Selva, Alpuente, Arés, Beceite, Mirambel, Cantavieja; por fin, Espartero pone sitio a Morella el 19 de mayo, que se rendía tras heroica resistencia el 30 del mismo mes. Cabrera, obligado a abandonar sus queridas tierras aragonesas y valencianas, tiene que pasar el Ebro, refugiándose primero en Cataluña para después buscar cobijo en el extranjero.

